

—En tal caso, no hay más que obedecer, repuso el joven.

—Ahora, dijo Berta, será bueno que hagamos la suma de todos los gastos.

—Justo, contestó Sandoval. Reunamos esos datos á ver qué total arrojan.

Sacó la cartera, tomó el lápiz, y fué escribiendo partida por partida, en la forma siguiente:

Dos trajes para Berta.	\$ 255.00
Uno para mí.	„ 160.00
Decoraciones nuevas.	„ 250.00
Papeleta.	„ 50.00
Alumbrado.	„ 85.00
Orquesta.	„ 175.00

Hecho esto, trazó una raya debajo de la última cantidad, é hizo la adición.

—Novecientos setenta y cinco pesos, declaró en voz alta.

—¡Novecientos setenta y cinco! repitió Berta despavorida.

—Es más que eso, repuso don Teodomiro, pues aun faltan dos “comiseónes” que no han dado cuenta, la de ornato, presente en la persona de Joaquín, y la de imprenta, que tocó á Becerril.

—La comisión de ornato, murmuró Joaquín, prescinde de sus propósitos suntuarios. Había pensado adornar con festones y flores las barandillas de los palcos y las galerías, y poner banderitas me-

jicanas formando equis en los fustes de todas las columnas; pero en vista de lo subido que va resultando el presupuesto, resuelve dejar el coliseo en su estado natural y tal como salió de manos del arquitecto.

—Buena “determinación,” dijo don Teodomiro; es tan hermoso el local, que no necesita adornos ni “adiceones.”

Nuevos golpes sonaron en la puerta de la sala; era don Valente Becerril. Venía cuidadosamente vestido, cepillado y peinado; había puesto esencias en el pañuelo y sonreía con suma amabilidad.

—Perdonen ustedes que llegue tan tarde, dijo; pero los quehaceres del periódico me han detenido en la imprenta más de lo regular.

Saludó á los presentes con una inclinación de cabeza, y se dirigió á Berta con la mano tendida.

—Buenas tardes, señora mía, le dijo galantemente.

—Buenas tardes, repuso Berta con sequedad, sin extender la suya.

El periodista mantuvo la diestra en el aire durante unos instantes, y la sacudió algunas veces como indicando que esperaba la presión de la otra; pero la joven fingió no advertirlo, y no cambió de actitud. La sangre subió al rostro de Becerril bajo la presión de la cólera ó del bochorno, y acabó por recoger el brazo

pausadamente. Después de eso, un mal-estar indefinible circuló por el grupo, y la conversación se hizo difícil. Joaquín, á obscuras sobre el caso, lanzó á Berta una mirada indagadora y de súplica, que ésta aparentó no ver. Para salvar la situación, tomó la palabra don Teodomiro, que era el Néstor de los artistas, y dirigiéndose á don Valente, le dijo con fingida naturalidad.

—Llega usted á tiempo, señor Becerril. Justamente acabamos de hacer las cuentas de los gastos del concierto, y nos hacía falta el dato de los de imprenta. . . . ¿Ha formado usted la suya?

Don Valente tardó en contestar. No acostumbrado á que le humillasen, sufría un gran trastorno interior, que no podía disimular; tanto más caunto que, por razón de bien parecer, se veía obligado á no decir palabra. Al fin logró serenarse un poco, aunque no tanto que no continuase color de escarlata.

—A eso he venido, contestó sin tomar asiento ni soltar el sombrero de la mano. He recorrido las mejores imprentas y no he encontrado ninguna que nos convenga; todas son malas y caras.

Un absoluto silencio siguió á las palabras del periodista; y éste, persuadido de que nadie creía lo que estaba diciendo, comenzó á vacilar de nuevo.

—Por otra parte, continuó á poco con

voz insegura, apremiantes atenciones de pluma con motivo de la próxima expulsión de las Hermanas de la Caridad, demandan todo mi tiempo. En tal virtud, amigo Sandoval, pido á usted mil perdones. . . . Usted se servirá disculparme; no me es posible seguir ocupándome en el encargo que me había encomendado.

Joaquín comprendió que el periodista mentía, y que la actitud de Berta era la que le inducía á tomar aquella determinación: pero, demasiado adicto á su mujer para no secundarla en todo, no pensó ni siquiera en hacer la más ligera instancia á don Valente para que mudase de parecer, y se limitó á contestarle con cortesía:

—Mucho lo siento, señor Becerril, pues su cooperación me hubiera sido preciosa.

—Mil gracias, repuso don Valente; pero ya digo á usted, no me es posible, absolutamente. . . .

—Respeto los motivos que usted tenga para ello, prosiguió el joven, y no me queda más recurso que plegarme á su voluntad. Lejos de mí la idea de comprometerlo.

—En tal caso, tornó á decir el periodista, me despido, porque tengo pendiente la corrección de las pruebas. . . . Conque, señores, hasta la vista.

E inclinó la cabeza para decir adiós al conjunto.

Joaquín le acompañó hasta la puerta, donde cambiaron cortesías, y volvió luego al grupo.

—¡Lástima! dijo con desconsuelo al tomar asiento de nuevo en medio de sus amigos, lástima que carezcamos de la ayuda del señor Becerril. Es hombre de talento, conoce bien á la gente, y para eso de publicaciones, no tiene rival.

Procuraba al expresarse así, disimular sus impresiones, que eran penosas; y, como estaba resuelto á no hablar con Berta sobre el particular en presencia de nadie, dió á la conversación aquel giro anodino. Sus amigos y colegas penetraron su intención y respetaron su reserva.

—Cierto, dijo Torrentera; va á hacernos gran falta.

—No hay que disimularlo, agregó don Angel.

—Lo más lamentable del caso, insinuó don Teodomiro, es que la "deserceón" se declara casi en los momentos de dar el concierto.

—¿Qué vamos á hacer ahora? preguntó Joaquín angustiado.

Berta, que había permanecido silenciosa, reflexionando tal vez en lo que había hecho, tomó la palabra para serenar un poco los ánimos.

—No me parece, dijo, que el caso sea tan grave. ¿Se trata de impresiones? Pues

la dificultad puede resolverse muy bien sin la presencia de ese señor.

—¿Cómo? preguntó Joaquín con incredulidad.

—De un modo muy sencillo, repuso el joven. Nos hemos olvidado de que en el Hospicio hay una imprenta.

—¡Es verdad! exclamó Sandoval como iluminado por una idea súbita.

—¿Qué cosa más natural que llevar ahí ese trabajo?

—¡Ya lo creo! agregó el joven lanzando un suspiro de alivio. Pero ¡qué sandio se vuelve uno en los momentos supremos!

—Ya verás, prosiguió Berta, qué bien y con cuánto gusto lo hacen los asilados. Sor Ignacia tomará empeño particular en prestarte el servicio, y recomendará al regente que te deje satisfecho en todo.

—¡Ya lo creo! exclamó don Pomposo; y habrá en ello hasta la ventaja de la economía.

—Con seguridad, agregó don Angel.

Berta, complacida al ver el buen efecto producido por sus palabras, insistió diciendo:

—No te preocupes, Joaquín; no hay mal que por bien no venga.

—Aseguro á ustedes, observó el joven, que ese recurso me quita un gran peso de encima. ¡Queda, pues, resuelto! Las impresiones se harán en el Hospicio y

me entenderé con ellas.... Ahora calculemos lo que podrán costar.

—Será cualquier cosa, dijo don Teodomiro.

—Con todo, es preciso tomarlas en consideración, insistió Joaquín.

—Ciertamente, repuso el maestro.

—Hay que fijar carteles en las esquinas, prosiguió Sandoval, é imprimir programas, boletos é invitaciones; y ¡qué sé yo cuántas otras cosas!

—A pesar de todo, repuso don Angel, esté usted seguro de que saldrá barato el trabajo.

—¿Dirémos cien pesos? interrogó Sandoval.

—Dirémos veinticinco á lo más, admitió Blanco; así se completa la suma redonda de mil para los gastos.

—Si te hubieras valido del señor Becerril, dijo Berta, no lo hubieras hecho ni con doscientos pesos.

—¿Quién sabe, mujer! objetó el joven.

—Como si lo vieras, repuso la misma con tono de convicción. Ese señor tiene trazas de ser muy ventajoso.

—¿Hemos concluído? preguntó don Teodomiro.

—Así parece, repuso Joaquín.

—En tal caso, se levanta la sesión, dijo el maestro.

—Se levanta, repitió Sandoval.

—Pues en marcha, dijo Torrentera.

Y salieron todos de la casa. Ya en la calle, entablaron conversación los tres artistas sobre lo que acababa de pasar con el periodista, y todos dieron al hecho la significación verdadera que tenía.

—Por lo que hace á mí, iba diciendo Gómez y Pérez, me quemaba la sangre la desfachatez de ese mequetrefe. Sólo por no encender los ánimos, no había puesto los puntos sobre las íes; pero estaba resuelto á dar el grito en cualquier momento. Por fortuna ese "tenóreo" desvergonzado ha estado majando en hierro frío. ¿Quién sabe qué perrada tan gorda habría hecho á Berta!

—Alguna canallada de las tuyas, dijo don Pomposo con asco.

Entretanto, tenía Joaquín con Berta el siguiente coloquio.

—Ahora que estamos solos, comenzó el joven, dime, Berta, ¿por qué has hecho tan grave desaire al señor Becerril?

—Perdóname, maridito, repuso ésta; conozco que te he dado un mal rato, pero merezco disculpa.

La joven hubiera dicho toda la verdad á su esposo, si éste la hubiese interrogado en el acto de pasar los sucesos, pues había quedado turbada y llena de susto después de su violencia, como pasa á las naturalezas tímidas cuando por acaso se

exaltan; pero como había tenido tiempo para tranquilizarse, insistió en ocultarla.

—A ver, dijo Joaquín aprestándose á oírla; véamos tus descargos.

—Te confieso que siento una antipatía invencible hacia ese señor.

—Mala disculpa; si hubiésemos de ofender á todos cuantos nos antipatan, sólo por eso, sería el mundo un campo de Agramante.

—Pero tengo mis motivos.

—¿Conque sí?

—Y poderosos.

—Véamoslos.

—Sería muy largo decirlos todos; pero pueden reducirse á uno solo: ese señor no te quiere.

A Joaquín le impresionó vivamente la respuesta, pues lo que Berta le decía, tenía siempre gran peso en su ánimo, y, además, había ya pensado varias veces aquello mismo.

—¿Lo crees así? preguntó maquinalmente.

—Estoy segura de ello, segurísima.

—¿Pero en qué te fundas?

—En todo: en la expresión de sus ojos, en el tono de su voz, en que halla defecto á cuanto haces, te replica siempre, y usa á veces cuando á tí se dirige, de palabras desconsideradas. En fin, no hay cosa en que no se le eche de ver la mala intención que le anima. Las mujeres tene-

mos doble vista cuando queremos de veras, y sabemos quién es amigo y quién no, del hombre á quien amamos.

—Don Valente es duro y dominante por carácter; tal vez confundas sus genialidades con su malevolencia.

—No; ese hombre no sólo no te quiere, sino que te aborrece. ¿Recuerdas cómo te contradijo y criticó la noche en que dimos á conocer tu ópera? Pasé un rato muy malo al oírle; estuve á punto de estallar, y apenas me contuve. Cada vez que te contradecía, me daban ganas de decirle unas cosas....; y entre otras, ésta: "Mire, señor periodista, esta reunión es de amigos, y usted no está bien aquí: es preferible que se marche."

—Lo que no entiendo, repuso Joaquín pensativo, es por qué pudiste disimular entónces, y no ahora, después de tantos días como han pasado.

—Porque he sabido después, á no dudarlo, que don Valente habla mal de tí, se vuelve lenguas criticando tu ópera, y hace cuanto le es posible por desacreditarte.

—¿Cómo! exclamó el joven amostazado.

—Sí, esposo, prosiguió Berta; no te lo había dicho por evitarte un disgusto, y hasta me había propuesto no darme yo misma por entendida de tanta doblez; pe-

ro al verle, sentí que se me subía la sangre á la cabeza....

—Me coge de nuevo todo eso; y, supuesto que tu conducta no es más que un reflejo del interés que te inspiro, quedas absuelta de culpa y pena, esposa mía.

—Te amo tanto, Joaquín, que no puedo querer á quien no te quiere.

—¡Berta de mi corazón! repuso Sandoval enternecido, estrechando á Berta contra su pecho.

—¿Me perdonas? le preguntó ella alzando hacia él los azules ojos con infinita ternura.

—Perdonarte nó; agradecértelo sí, y con toda el alma, repuso Joaquín lleno de contento. ¡Qué tonto soy! prosiguió reteniendo entre las suyas las manos de su esposa. ¡Haberme olvidado de la imprenta del Hospicio! ¡Como si no conociese perfectamente cuanto hay en nuestra antigua casa! ¡Como si no fuesen mis compañeros y amigos todos los empleados de ese departamento, desde el regente hasta los cajistas! ¡Feliz idea la tuya!

—¿Sabes una cosa? prosiguió Berta. Es necesario no olvidar á esa pobre gente el día del concierto.

—Tienes razón: les mandarémos boletos para que vayan al teatro.

—Palcos segundos y boletos de galería.

—Toda la galería, repuso el joven con entusiasmo.

—Todos los que quiera sor Ignacia.... Lástima, prosiguió Berta, que no esté aquí Paulina. Nos sería de gran auxilio en estas circunstancias. Seguro tomaría un palco, é induciría á sus amigos y amigas á asistir al concierto.

—De veras, repuso el joven; pero ¡qué lejos anda! Dándose vuelo por los bulevares parisienses. ¡Qué satisfecha se sentirá en aquel centro del lujo y los placeres!.... Como el pez en el agua.

—A propósito, prosiguió Berta, sacando un papel del bolsillo; no te he leído todavía su última carta. Mira lo que me dice.

Y se puso á leer:

“Querida é inolvidable Berta:

“Todos los días estoy más contenta en París. Me divierto lo que no te puedes figurar; no páro de pasear y corretear ni un momento. Vivimos en el Hotel del Louvre. Hemos tomado un coche de “ré-mise,” para pasear por el bosque. He asistido á dos ó tres “soirées” elegantes, y los periódicos se han ocupado ya de mí. Me llaman la “jolie mexicaine” y elogian mi distinción y mis trajes. Los tengo muy elegantes, y muchos sombreros de moda, con muy hermosas plumas. Cuando voy al teatro, los caballeros no cesan de mirarme con los anteojos, como

si me quisieran fusilar con cañones y pistolas. No quiero ni pensar en volver á Fópoli. Procuraré quedarme por acá cuanto más pueda, á pesar de que el viejo (don Arcadio) me muele del día á la noche con la muletilla de que se gasta mucho y de que está haciendo falta en el rancho. Sólo á tí te echo de menos. Ojalá pudieras venir. . . . Terminó: es tarde y me espera el "landeau." Recuerdos á Joaquín.—Recibe un beso de tu amiga que tanto te quiere.—**Paulina.**"

—¡La misma de siempre! exclamó Joaquín. ¡Tan frívola y vanidosa como año!

—¡Pobre! murmuró la joven pensativa.

—¿No te causa envidia su suerte? preguntó el joven con dulzura. Es rica, viaja y tiene cuanto quiere, mientras tú sigues viviendo en este rincón del mundo, de donde probablemente no saldrás nunca.

—¡Chist! le interrumpió Berta cerrándole los labios con la blanca mano. Te tengo á tí y con eso me basta. Vales más, mucho más que Europa y el mundo entero. Ella se unió por interés á un viejo á quien no quiere, y cifra su felicidad en frivolidades sin importancia; mientras yo carezco de lo superfluo, pero estoy orgullosa de tí, de tu nombre y de tu amor.

—¡Esposa de mi vida! murmuró el joven con voz trémula de felicidad.

IV

El Teatro Alarcón.

Al oscurecer del día fijado para el concierto, estaban las hermanas de la Caridad reunidas en el salón de recibir. Berta y Joaquín, que las visitaban con frecuencia, las habían puesto al tanto de sus proyectos, y ellas, llenas de interés casi maternal hacia los jóvenes, les habían dado muy buenos consejos, y recomendado Megasen al Hospicio antes de dirigirse al teatro, para ver sus trajes y donosa apostura. Las hermanas esperaban, pues, la visita, y departían, entretanto, sobre cosas del momento que atañían á su comunidad, con tono grave y serio.

—Mal, muy mal van las cosas en Méjico, decía sor Ignacia á las religiosas, acabo de recibir una carta desconsoladora de la Madre General. Dice así:

"Reverenda madre:

"La ciudad está muy excitada con motivo de la discusión parlamentaria de la ley que suprime las órdenes religiosas. No hay quien no comprenda que el golpe va dirigido á nuestra comunidad, porque